

TRES SERMONES SOBRE LA SANTIDAD

El año 1998 durante el cual el Papa nos ha pedido reflexionar sobre la Persona del Espíritu Santo, nos acerca por ello mismo al hecho cristiano de la santidad, precisamente el fruto de la acción del Espíritu Santo en nosotros. Sobre la santidad como tal, Newman nos ha dejado muchísimas reflexiones, especialmente en sus sermones, y casi siempre en relación a los santos concretos. En su teología, expresada en ensayos, sermones y poesía, aparecen constantemente las grandes figuras bíblicas, los Santos Padres, y finalmente otros como San Felipe Neri que iluminaron su vida católica. Cercanos ya a la Navidad, ofrecemos a continuación tres sermones que corresponden a las festividades comprendidas entre la gran solemnidad del Nacimiento de Jesús y fin de año: la de San Esteban Protomártir (26 de diciembre), la de San Juan Evangelista (27 de diciembre) y las de los Santos Inocentes (28 de diciembre). Los dos primeros fueron predicados en 1831 y el tercero en 1833, y aunque el primero lo fue un 25 de julio, sin embargo, junto con los otros dos, aparece como una tríada consecutiva en el volumen segundo de los Sermones sencillos parroquiales, inmediatamente después del célebre sermón sobre la Encarnación. Cada uno le permite a Newman referirse, como siempre, a la vida del cristiano corriente, animándolo a seguir el camino de la santidad, que es la vocación universal. Así le escuchamos hablar del martirio diario en el mundo actual, de la relación con familiares y amigos como fundamento de la caridad universal y de la infancia espiritual. Nos encontramos con un gran conocedor de la naturaleza humana y de la situación real de la sociedad humana, descriptas con aguda mirada y detalle. Newman mismo aparece detrás, hombre santo, cuyas virtudes heroicas ya han sido ya reconocidas por la Iglesia en el proceso hacia su canonización.

Parochial and Plain Sermons, vol 2, IV, pp 41-50
Predicado el 25 de julio de 1831

EL MARTIRIO Fiesta de San Esteban

Ellos fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada (Hebreos 11,37)

San Esteban, que fue uno de los siete Diáconos, es llamado Protomártir, por haber sido el primero en sufrir la muerte por la causa del Evangelio. Permitidme aprovechar la oportunidad de su fiesta para hacer algunas observaciones sobre el martirio en general.

La palabra mártir significa propiamente “*un testigo*”, pero se usa para señalar exclusivamente a quien ha sufrido la *muerte* por la fe cristiana. Aquellos que han dado testimonio de Cristo sin sufrir la muerte son llamados *confesores*, un título que los primeros mártires a menudo han hecho suyo, antes de su última confesión solemne frente a la muerte o el martirio. Nuestro Señor Jesucristo es el principal y más glorioso de los mártires, habiendo dado “ante Poncio Pilato tan solemne testimonio” (1 Tim. 6,13), pero no lo llamamos mártir, siendo mucho más que un mártir. Es cierto que murió por la Verdad, pero eso no fue el principal propósito de su muerte. El murió para

salvarnos a nosotros, pecadores, de la ira de Dios. No fue solamente un mártir; fue un Sacrificio Expiatorio.

El es el objeto supremo de nuestro amor, gratitud y reverencia. Después de El honramos al noble ejército de los mártires, no comparándolo, ciertamente, con El, “quien está sobre todo, Dios bendito por siempre”, o como si ellos tuvieran por su sufrimiento alguna parte en la obra de la reconciliación, sino porque se han asemejado más íntimamente al modelo de todos Sus siervos. Han derramado su sangre por la Iglesia, dando cumplimiento al texto, “El dio su vida por nosotros, y también nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1 Jn 3,16). Han seguido sus pasos, y reclaman nuestro recuerdo agradecido. Si San Esteban hubiera temblado ante su juicio y hubiera desertado para salvar su vida, nadie podría estimar las consecuencias de tal defección. Tal vez, humanamente hablando, la causa del Evangelio se habría perdido, la Iglesia podría haber perecido, y aunque Cristo murió por el mundo, éste podría no haber recibido el conocimiento o los beneficios de su muerte. Los instrumentos de la gracia podrían haber sido destruidos, los sacramentos retirados de la débil y corrupta raza, que tanta necesidad tiene de ellos.

Ahora bien, puede decirse, que muchos hombres sufren dolor, tan grande como el martirio, por la enfermedad y de otras maneras, y que, asimismo, no se sigue que aquellos que han sido martirizados hayan sido siempre los más activos defensores de la fe. Luego, honrando a los mártires, estamos rindiendo honor a aquellos con quienes por cierto *podemos* estar en deuda especialmente (como en el caso de los Apóstoles), pero que no obstante pueden haber sido solo hombres corrientes, que se encontraron en el lugar más expuesto, en el camino de la persecución, y fueron muertos como por casualidad, porque la espada los encontró primero. Pero esto, claro, sería una extraña manera de razonar en cualquier caso paralelo. Estamos agradecidos a aquellos que nos han hecho favores más que a aquellos que los podrían o habrían hecho, si hubiera sucedido así. No nos incumbe la pregunta de si los mártires fueron los mejores hombres o no, o si otros habrían sido mártires también, de haberseles concedido. Estamos agradecidos con aquellos que lo fueron, por el simple hecho de que lo fueron, de que pasaron por mucho sufrimiento para que el mundo pudiera ganar un beneficio inestimable: la luz del Evangelio.

Pero en verdad, si pudiéramos ver la cuestión consideradamente, descubriríamos que, hasta donde el juicio humano puede decidir en tal punto, los mártires de los tiempos primitivos fueron, como tales, hombres de una fe muy elevada, no solo nuestros benefactores, sino más aún nuestros superiores. Cualquier objeción como la que he puesto llega a lo sumo a esto: a mostrar que otros que no fueron martirizados podrían ser iguales a ellos (el diácono San Felipe, por ejemplo, igual a su asociado San Esteban), no que aquellos que fueron martirizados no fueran hombres dotados eminentemente con el Espíritu de Cristo. Vamos, pues, a considerar lo que era entonces ser un mártir.

1. Primero, era ser un sufriente *voluntario*. Los hombres, sufren en varias enfermedades, tal vez, más que los mártires, pero no pueden ayudarse a sí mismos. Además, ha sucedido frecuentemente que los hombres han sido perseguidos por su religión sin haberlo esperado o haberlo podido evitar. Estos, en un sentido son mártires ciertamente, y pensamos naturalmente con afecto de aquellos que han sufrido por nuestra causa, voluntariamente o no. Pero no era este el caso de los mártires primitivos.

Ellos sabían de antemano con suficiente claridad las consecuencias de predicar el Evangelio, habían recibido frecuentes advertencias sobre los sufrimientos que les esperaban si perseveraban en sus trabajos por el amor fraterno. Su Señor y Maestro había sufrido antes que ellos, y además, sufriendo El mismo, había *predicho sus sufrimientos expresamente*: “Si me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros” (Jn 15,20). Fueron repetidamente advertidos y severamente ordenados por los sumos sacerdotes, de no predicar en el nombre de Cristo. Tuvieron experiencia de castigos menores de parte de sus adversarios, en señal de otros mayores, y al final vieron a sus hermanos inmolados, uno por uno, por perseverar en su fidelidad a Cristo. No obstante continuaron manteniendo la fe, aunque podía ser víctimas de su obediencia cualquier día.

Todo esto debe ser considerado cuando hablamos de sus sufrimientos. Vivieron bajo un continuo juicio, una diaria práctica de fe, que nosotros, viviendo en tiempos de paz, escasamente podemos comprender. Cristo había dicho a sus Apóstoles, “Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo” (Jn 15,20). Considerad qué se entiende por cribar, esto es, una agitación continua, una sacudida para separar la masa de grano en dos partes. Tal fue la temprana disciplina infligida a la Iglesia. Ningún mero golpe repentino vino sobre ella, sino que fue solicitada día a día, en todos sus miembros, por cada argumento de esperanza y temor, por amenazas e incitaciones, a desertar de Cristo. Esta fue la suerte de los mártires. La muerte, sus sufrimientos finales, no fueron sino la consumación de una vida de muerte anticipada. Considerad cuán dolorosa es la ansiedad, cuán irritante y desgastante es estar en constante excitación, con el deber de mantener la calma y firmeza en medio de ella, y cuán especialmente tentadora invitaría puede aparecer cualquier perspectiva de tranquilidad en tales circunstancias, y tendremos alguna idea de la condición del cristiano bajo la persecución de un gobierno pagano.

Pongo a un lado por el momento, el peculiar reproche y menosprecio que era la suerte de la Iglesia primitiva, y sus verdaderas privaciones. Considerémoslos solo como *hostigados* y sacudidos como el trigo en la criba. Bajo tales circunstancias, los corazones más resueltos están en peligro de sucumbir. Podrían acorazarse contra ciertos sufrimientos definidos, o prepararse al encuentro de una crisis esperada, pero se someten a la incesante molestia que les causan la aprehensión de la persecución y la importunidad de los amigos. Suspiran por la paz, llegan gradualmente a creer que el mundo no está tan equivocado como algunos hombres dicen, y que es posible ser muy estrictos y muy amables. Aprenden a contemporizar y a ser ambiguos. Primero cae uno, luego otro, y tales ejemplos les llegan como argumento adicional para ceder a aquellos que todavía permanecen firmes, y que, por supuesto, se sienten desanimados, solos, y comienzan a dudar de la rectitud de su propio juicio, mientras que, por otro lado, los que han caído llegan a ser en defensa propia sus tentadores. Así es cribada la Iglesia, cayendo el cobarde, permaneciendo firme el fiel, aunque en el desaliento y la perplejidad. Entre estos últimos están los mártires, no víctimas accidentales, tomadas al azar, sino los seleccionados y escogidos, el resto elegido, un sacrificio agradable a Dios por ser un valioso don, la más fina flor de trigo de la Iglesia: hombres que han sido advertidos de lo que les esperaba de su profesión, y tuvieron muchas oportunidades para desistir, pero han “resistido y tenido paciencia y han trabajado por causa del nombre de Cristo y no han desfallecido” (Apo 2,3).

Tal fue San Esteban, no atrapado en una confesión e inmolado (como lo fue) en una emboscada, sino enfrentando valientemente a sus perseguidores, y aguardando su furia, a pesar de las circunstancias que presagiaban la muerte. Y si el martirio en los tiempos primitivos no era la muerte casual e inesperada de los que casualmente profesaban la fe cristiana, menos aún puede compararse con los sufrimientos de la enfermedad, sean mayores o no. Nadie sostiene que el mero padecer un dolor es una gran cosa. Un hombre no puede ayudarse a sí mismo cuando sufre un dolor, no puede escapar del mismo aunque esté deseoso de hacerlo como pueda. Los demonios soportan el dolor contra su voluntad. Pero ser un mártir es sentir que se aproxima la tormenta y soportarla voluntariamente ante el llamado del deber, por causa de Cristo, y por el bien de los hermanos. Y esta es una clase de firmeza que no tenemos modo de manifestar hoy día, aunque nuestra deficiencia puede verse, y se ve continuamente, tan pronto como cedemos (lo cual no es raro) a tentaciones inferiores y ordinarias.

2. Pero, en segundo lugar, el sufrimiento mismo del martirio era en ciertos aspectos peculiar. Era una muerte, cruel en sí misma, públicamente infligida y exhibida por la fiera exaltación de un populacho malvado. Cuando nosotros sufrimos un dolor, podemos a solas descansar en paz, recibimos la comprensión y los servicios bondadosos de los que nos rodean, y si lo deseamos podemos retirarnos de la vista de los otros, y sufrir sin testigo que nos interrumpa. Pero los sufrimientos del martirio eran en su mayor parte públicos, asistidos por todo tipo de ignominia y triunfo popular, tanto como por la tortura. Los criminales son llevados a la muerte sin pensamientos bondadosos por parte de los espectadores, y aún así, en su mayor parte, reciben piedad y cierto respeto. Pero los primeros cristianos tuvieron que soportar “la vergüenza” a ejemplo de su Maestro. Tuvieron que morir en medio de enemigos que los denigraban, y ante la burla, mientras les pedían, como en el caso de Cristo, que bajaran de la cruz. No fueron colocados en cómodo lecho ni alentados por amigos atentos, y considerando cuánto depende de la imaginación el poder depresivo del dolor, esta sola circunstancia separa de inmediato sus sufrimientos de los padecidos por cualquier enfermedad. El Dios invisible fue solamente su consolador, y esto reviste la escena de sus sufrimientos con majestad sobrenatural, y nos horroriza cuando pensamos en ellos. “Sí, aunque pase por valles tenebrosos, ningún mal temeré, *porque Tú vas conmigo*” (Sal 23,4). Un martirio es tiempo del especial poder de Dios para el ojo de la fe, tan grande como si un milagro fuera obrado visiblemente. Es asociación con los sufrimientos de Cristo, conmemoración de Su muerte, representación cumplida en figura “de lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24). Y así, siendo una augusta solemnidad en sí mismo, y un tipo de sacramento, de bautismo de sangre, completa meritoriamente esa larga y penetrante aflicción que he descrito como precursora en los tiempos primitivos.

He hablado solamente de los primeros mártires porque esta festividad me lleva a hacerlo, y además, porque aunque ha habido mártires desde entonces, desde el tiempo en que los reyes han sido padres protectores para la Iglesia, la historia de los confesores y mártires está tan implicada con las cuestiones de estado, que *nosotros* no podemos separar fácilmente su conducta del mundo en torno suyo, ni se nos da el poder conocerlos tan claramente. Aunque esta dificultad de discernimiento debería revestir su memoria de particular interés cuando podamos discernir, y su conexión con asuntos civiles, lejos de disminuir la elevada excelencia espiritual de estos verdaderos hijos de la Iglesia, en ciertos aspectos la acrecentará.

Para concluir, es útil reflexionar sobre temas tales como ese que ahora he puesto ante vosotros, en orden a humillarnos. “No hemos resistido todavía hasta derramar la sangre en nuestra lucha contra el pecado” (Heb 12,4). ¿Qué son nuestros pequeños sufrimientos, de los cuales hacemos tanto alarde, comparados con los dolores y penas de los mártires, que perdieron sus amigos y luego sus propias vidas por la causa de Cristo, que fueron asaltados por toda clase de tentaciones, por la sofistería del Anticristo, los halagos del mundo, los terrores de la espada, el desgaste del suspenso, y aún así no desfallecieron? ¡Cuán por encima de los nuestros están sus sufrimientos y cuán por debajo sus consolaciones! Ahora bien, se que tales reflexiones son elevadas inmediatamente y por una razón más profunda, al considerar los sufrimientos de Cristo mismo, pero comúnmente su santidad trascendente y su angustia profunda no nos afecta inmediatamente por su misma grandeza. Las resumimos en pocas palabras y hablamos sin comprender. Por otro lado, algo nos elevamos hacia su comprensión, cuando hacemos uso de esa escalera celestial por la cual sus santos han caminado hacia El. Por la contemplación del menor de sus verdaderos siervos, y viendo cuánto nos ha superado cualquiera de ellos, aprendemos a temblar ante Su inefable pureza, que es infinitamente más santa que la más santa de sus criaturas, y a confesarnos con mente sincera de ser indignos de la menor de sus misericordias. Así nos llevan sus mártires a Él, el principal Mártir y el Rey de los Santos.

¡Quiera Dios concedernos la gracia de recibir estos pensamientos en nuestros corazones, y mostrar su fruto en nuestra conducta! ¿Qué somos sino pecadores, polvo y cenizas, que se arrastran trepando al cielo, sin algún noble sacrificio por la causa de Cristo, sin dolor, sin tribulación, en medio de las bendiciones mundanas? Sí, pero El puede salvar en los senderos más humildes de la vida y en los tiempos más tranquilos. Hay suficiente por hacer en nuestra propia vida ordinaria, bastante más de lo que cumplimos. Luchemos para ser más humildes, fieles, misericordiosos, mansos, y abnegados, de los que somos. “Crucifiquemos la carne con sus pasiones y apetencias” (Gal 5,24). Esto, estemos seguros, es penoso martirio, que Dios acepta por causa de Su Hijo. No obstante, después de todo, si llegamos al cielo, seremos seguramente los más pequeños de los santos allí reunidos, y si todos son siervos inútiles, nosotros seremos ciertamente los más inútiles de todos.